

**PRETENSION DE SATIRA****EL HUEVO**

Dos actos de Felicien Marceau. Traducción y dirección de Roberto Fontana. Bocetos de escenografía y muebles de Antonio López de León. Vestuario de Gulomar Rodríguez Zorrilla de Podestá. Luces de Gorgias Gianola. El elenco de Club de Teatro en el Teatro Odeón.

Con "El huevo" consiguió Marceau su mayor éxito teatral y lo paradójico es que lo obtuvo llevando a la escena los mismos procedimientos literarios de sus novelas y creando un teatro antiteatral, o, para decirlo con sus términos, un teatro narrativo. Un personaje, Magis, cuenta al público su vida, se la presenta con brevisimas escenas que él protagoniza y posteriormente comenta. Ello está destinado a aglutinar la pieza no en torno de una situación dramática como es lo habitual de este género, sino en torno a la explicación de un problema: la vida se le presenta a este hombre como un huevo sin fisuras en el que no puede entrar, sintiéndose rechazado y disminuido; su esfuerzo consistirá en descubrir el sistema que le permita entrar y ser aceptado por la sociedad, cosa que conseguirá mediante una sórdida historia.

De acuerdo con este mecanismo la obra tiene una pretensión satírica clara, y actúa como un modo de enjuiciar la vida y la sociedad burguesa, eligiendo para ello la muy respetable y tradicionalista clase francesa de los funcionarios.

Pero al mismo tiempo la obra crea un personaje —uno sólo ya que todos los demás son borrosos bocetos, verdaderas marionetas animadas puestas a su servicio— que se va singularizando por su resentimiento, su limitación intelectual, la precariedad ética, de tal modo que Marceau embota la punta de su crítica y cuando al final el personaje dice "así es el sistema" se puede contestar "así es Magis".

Ya esto se le observó en ocasión de su estreno francés, pero no se insistió bastante sobre el abuso del truco escénico que singulariza la pieza; el propio Marceau se cansa del sistema discursivo con ejemplos, y en la segunda parte se extiende sobre un tratamiento más tradicional que es disonante, y recurre por último al efectismo de un juicio que, además de largo, es inoperante. La única manera de permitir el funcionamiento de este otro "sistema" escénico, es el humorismo absurdo y extemporáneo. Con él se disimula el cinismo y la ferocidad intrínseca y se los hace más aceptables por el público, al que en última instancia se está burlando.

La versión de Fontana pasa una goma sobre el clamoroso localismo del texto —Marceau es un verdadero puntillista de lo francés y buena parte de su encanto está en esta sensibilidad para su ambiente— y en cambio tolera el galicismo frecuente, sin conseguir el habla vivaz y petulante de los personajes. En cambio su tarea de dirección es diestra. Resuelve con prontitud el cambio de escenas, que es uno de los puntos neurálgicos de la buena presentación de la obra, con ayuda de luces de Gianola que no fueron todo lo prontas y correctas que era necesario, y de una escenografía arbitraria y de áspero mal gusto en los interiores. Su empeño sobre los actores es muy desperejo pero también era muy despereja la capacitación del elenco que utilizó; hay marcaciones claramente caricaturescas, ritmos de farsa, tonos de comedia, desplazamientos casi dramáticos y aún melodramáticos. Todo ello queda empastado en un ritmo alegre, casi febril, que es quizás la mejor virtud del trazado de la puesta en escena.

Los actores doblaron papeles en su mayoría, no se sabe si por escasez de personal o por adopción de un estilo fraymochista que comienza a hacer furor entre los jóvenes directores. Quien llevó la responsabilidad casi total de la pieza fué Claudio Solari, es un excelente trabajo, vivaz y preciso; a él revierte en buen parte el interés de la versión escénica, porque dentro de la uniformidad tonal displicente y humorística, consiguió el matizado veraz de cada escena, y sus cambios de situación tuvieron momentos de virtuosismo. El resto del elenco no resultó homogéneo. Hubo buenas actuaciones de Isabel Giffoni, Mari Vázquez, Federico Wolf, Juan Ribeiro.

Una mención especial merece el jefe de escenario, Händel Solari, ya que sobre él recaía una pesada responsabilidad a la que sirvió con solvencia y esmero.